

**1a Jornada Fundació PRESME: NOVES MIRADES EN SALUT MENTAL I APRENTATGE.**

**Les aportacions de la teoria de l'aferrament a la comprensió de les dificultats d'aprenentatge i comportament.**

**Bellaterra, 14 Nov. 2008**

**ADOLESCENCIA Y PROBLEMAS DE COMPORTAMIENTO:  
MOTIVACIONES INDIVIDUALES Y DINÁMICAS DE RELACIÓN.**

**Jorge Tió**

**Introducción.-**

Este trabajo pretende aportar elementos de comprensión de la conducta conflictiva del adolescente. Para ello me basaré principalmente en la experiencia clínica desarrollada a lo largo de los últimos quince años en un equipo de atención en SM a menores de edad denunciados ante el sistema de Justicia Juvenil<sup>1</sup>.

Se trata de una experiencia de asistencia multi e interdisciplinar entre educadores y técnicos del sistema judicial y profesionales de la SM que se plantea como objetivo el diseño de estrategias de intervención (educativas y psicoterapéuticas) complementarias que favorezcan el desarrollo de los menores.

Nuestro trabajo nos ha permitido profundizar en el análisis de las motivaciones internas que desencadenan en el adolescente conductas problemáticas y aquellas que favorecen su desarrollo, despiertan su interés y provocan placer ante las nuevas adquisiciones. También hemos prestado especial atención a las dinámicas de relación con su entorno, que tan importante contribución puede tener en uno u otro sentido.

---

<sup>1</sup> Se trata de un Programa interdepartamental que realiza la Fundació Hospital Sant Pere Claver en el marco de un convenio entra Sanidad y Justicia.

El adolescente es especialmente sensible al trato que siente que recibe por parte de su entorno relacional. El hecho de encontrarse inmerso en un proceso abierto de construcción de la identidad lo hace más vulnerable y dependiente de los demás para su regulación emocional. Los aspectos infantiles que todavía le son propios necesitan de contención emocional por parte de su medio, al igual que a un niño no le exigimos que se haga cargo más allá de sus capacidades. Pero en el adolescente también conviven aspectos adultos que necesitarán de reconocimiento por parte de los adultos (el adolescente no pregunta, opina), de estímulos para desarrollarse, confianza en que podrá hacerlo y oportunidades de verificación sin la supervisión adulta para ponerlos a prueba.

Los contextos sociales en los que el adolescente se desarrolla – familia, escuela, barrio, el propio sistema de salud cuando se recurre a él – se pueden ver desbordados en su capacidad de contención. La intensidad que la irrupción de la adolescencia a veces conlleva con su carga de cuestionamiento hacia el mundo adulto, los conflictos en el manejo de situaciones con adolescentes complicados, o las dificultades propias de estas estructuras sociales, determinan entonces que se recurra a la Justicia.

El concepto de “contención” tanto en su vertiente intrapsíquica (como el individuo es capaz de contener sus emociones y ansiedades), como en la interactiva (mediante la relación con otros) resulta de especial utilidad para todos aquellos que profesionalmente atendemos personas en sus necesidades básicas. Como veremos la contención a través de la relación es la base del desarrollo interno de esa capacidad en el sujeto. Y, como subraya la teoría del Apego, la búsqueda de relación por parte del niño, y también del adolescente, su principal motor. A mi modo de ver los recientes desarrollos teóricos y en investigación realizados en el marco de esta teoría están contribuyendo a la profundización y esclarecimiento de estos procesos.

**Ilustración clínica: Eva, los cambios en la estructura familiar y la violencia doméstica.-**

Eva acaba de cumplir 15 años, hija única de padres separados. Ha sido denunciada por agredir a su madre e ingresa de forma cautelar en un centro educativo de Justicia.

En las primeras entrevistas con ella se muestra convencida de que un hecho así no se volverá a repetir y se siente urgida a recuperar la libertad para poder demostrarlo. Su permanencia en el centro es vivida como una decepcionante muestra de desconfianza que alimenta su rencor. Un rencor que a su vez alimenta la preocupación de los educadores hacia una nueva agresión.

En su relato pronto aparecen sus grandes dificultades para aceptar la nueva situación de su familia.

Sus padres habían mantenido desde siempre una tensa y conflictiva relación, en la que habían llegado a producirse agresiones físicas entre ellos que no llegaron a ser denunciadas.

Cuando Eva tenía trece años y tras múltiples amenazas de rompimiento deciden separarse. Al poco tiempo ambos se organizan en sendas familias reconstituidas a las que se suman los hijos, menores que Eva, de las correspondientes nuevas parejas.

Toda esta reorganización familiar no se hace de forma ordenada, probablemente por las fuertes cargas de ambivalencia y culpa en una separación de difícil elaboración. De forma que los múltiples movimientos familiares y la falta de claridad que Eva percibe no hacen más que aumentar su sensación de incertidumbre.

Sus sentimientos de rabia contenida la llevan a un cada vez mayor aislamiento. Es incapaz de comunicar su malestar incluso a sus

amigos o en la escuela, donde empieza a tener serios problemas de rendimiento.

En casa cada vez opta por encerrarse más en su cuarto, en donde empieza ya a realizar las comidas. Eva parecía sentirse como su perro, del que ella misma explicaba que “solo muerde a los desconocidos”. Pero era su vida la que se había llenado de desconocidos. Su dificultad de relación con las nuevas parejas de sus padres es importante, se le hacen muy difíciles de soportar y las evita siempre que puede. Pero incluso sus padres, al relacionarse tan íntimamente con personas nuevas pasan a tener inquietantes características desconocidas.

Se ve así obligada a enfrentar las ansiedades de su desarrollo, en el que también se están produciendo muchos cambios evolutivos, sin ningún vínculo confiable.

Al mismo tiempo recibe presiones de sus padres para aceptar con un mayor grado de normalidad la nueva situación a lo que ella se resiste. La espiral de proyecciones entre padres e hija va en aumento: “Nos estás destrozando la vida”. “Me estais destrozando la vida”. Padres e hija solo son capaces de verse como rechazantes y cruelmente abandónicos.

La alternativa de Eva parece ser la búsqueda de una anticipada “pseudoautonomía”, intentando minimizar sus sentimientos de dependencia. Busca reforzar su sentimiento de identidad a través de las atribuciones que intenta recibir de su grupo de iguales. Por este motivo sus exigencias hacia su madre, con la que se ha quedado a vivir, van en aumento. Conseguir más independencia a través de los horarios, el dinero, el mejor móvil,... pues en el grupo de amigos evita sentirse inferior.

Paralelamente aumenta su refugio en el hachís, como forma de desconexión y alivio del malestar. Hábito que empieza a acarrearle sanciones en la escuela.

Las discusiones se hacen cada vez más frecuentes y más violentas. Culminando esta espiral en una agresión a la madre, quien finalmente la denuncia, desbordada ante la situación. “Que alguien haga algo”.

### **Algunas apreciaciones sobre el concepto de contención. Las contribuciones de la teoría del Apego.-**

Los conceptos de “holding” de Winnicott y de contención de Bion se han hecho tan familiares en la literatura y la práctica psicoterapéutica de orientación psicoanalítica, así como en otras disciplinas asistenciales, que han perdido parte de su fineza original en la descripción de los fenómenos tanto de la interacción en el desarrollo del niño con sus cuidadores primarios, como en los de de la posterior regulación emocional que se produce en el propio sujeto.

La idea de “holding” descrita por Winnicot (1965) se nutrió con toda seguridad de su experiencia como pediatra y hace referencia a una serie de funciones del cuidado materno del niño. Sintéticamente éstas se relacionan con la transmisión de una percepción de continuidad a través del tiempo; con la contribución a la experiencia de integración de las diferentes vivencias del niño, que todas ellas puedan percibirse formando parte de una misma globalidad; y con su apoyo al paulatino desarrollo de una capacidad de tolerar la separación, con los corolarios del manejo del sentimiento de culpa y el crecimiento en el infante de la facultad de reparación (Ogden, 2004).

Por otro lado la contribución de Bion, que presta especial atención al proceso del tratamiento psicoanalítico, se refiere al fenómeno por el

cual la mente se hace capaz de pensar los pensamientos y manejar las emociones experimentadas mediante un sistema de representaciones y vinculaciones principalmente inconsciente. Función mental a la que Bion denominó “función alfa” (Bion, 1967), y que hipotetizó se construye en sus inicios a través de la relación con la madre. Cuando ésta con capacidad de “reverie” ayuda a hacer manejables las emociones intolerables que el niño le comunica.

Las contribuciones originales de Bowlby (1969) sobre la importancia de la tendencia innata del niño hacia la relación y la interiorización de una vivencia de seguridad a través de sus experiencias con los cuidadores primarios, mantienen estrechos vínculos conceptuales con los postulados de Winnicott.

De forma similar los posteriores desarrollos de la Teoría del Apego profundizando en los mecanismos de transmisión del apego y de regulación emocional del sujeto a través de los “modelos de funcionamiento interno” (IWM) (Fonagy, 2001) parecen contribuir a describir las operaciones mentales sobre las que Bion hipotetizó (sin describirlas) el trabajo de contención del aparato mental sobre los contenidos mentales fruto de la experiencia emocional del sujeto.

Los Modelos de Funcionamiento Interno son sistemas representacionales que inciden en la regulación del afecto. El apego seguro implica sistemas representacionales donde la figura de apego se siente accesible y receptiva si se la necesita, y el propio self se juzga merecedor de ese apoyo.

Ante situaciones de ansiedad contar con estos sistemas de representación simbólica va a permitir una mayor capacidad de contención interna basada en la confianza en la propia regulación, en la posibilidad de encontrar ayuda en las relaciones y en la generación de afectos positivos que inhiben los negativos.

Desde la teoría del Apego diferentes trabajos de investigación empírica apuntan a la importancia de la sensibilidad materna/paterna

como favorecedora de la interiorización de un modelo mental de apego seguro.

La sensibilidad materna queda definida por diferentes funciones: la capacidad de leer y comprender los signos no verbales del bebé, sus estados emocionales. El respeto a la alternancia de los diálogos interactivos, sin actitudes intrusivas. La estimulación moderada y apropiada en un clima cálido, participativo y receptivo. Y, finalmente la tolerancia a la ansiedad con capacidad de responder con una “especularización afectiva marcada”, que consiste en un reconocimiento del afecto al mismo tiempo que una “marca” (de características no verbales) que comunica al bebé que el padre no está sintiendo realmente ese afecto (Fonagy et. Al., 2004).

Estas interacciones tienen una serie de interesantes consecuencias (“desvinculación” de la emoción de su agente original; aparición de un nuevo agente que permite mayor autocontrol; suspensión de las consecuencias perturbadoras que siguen al afecto insoportable; inicio de las posibilidades de atribución de las emociones al propio self) cuya descripción más detallada excede los objetivos de esta presentación. Básicamente inciden en la formación de representaciones simbólicas y protosimbólicas básicas para la paulatina adquisición de una capacidad de regulación emocional al contribuir a la diferenciación entre fantasía y realidad (Fonagy et. Al, 2004). Posteriormente este proceso seguirá su evolución a través del juego.

Según Fonagy la capacidad de los padres para adoptar una postura intencional hacia un niño que no la ha desarrollado todavía, es decir, pensar respecto del niño en términos de pensamientos, sentimientos y deseos en la mente del niño y sobre sus propias mentes en relación al niño o al propio estado mental es la llave de la transmisión del apego.

Esta elaboración de unos sistemas de representación simbólica tanto sobre el propio self como sobre el mundo de las relaciones interpersonales constituye lo que ha venido a llamarse una “función

reflexiva” de la mente. Ésta determina la capacidad de distinguir la realidad interna de la externa, la apariencia de la realidad, los procesos (mentales y emocionales) intrapersonales de las comunicaciones interpersonales. En otras palabras permite “leer” la mente de otras personas convirtiendo en significativo y predecible el comportamiento del otro.

Su desarrollo también está relacionado con la calidad de los procesos cognitivos, la búsqueda activa de información, la capacidad de incorporarla e integrarla. Resulta interesante observar como las personas con una representación mental de apego seguro son las que más aceptan en su discurso la posibilidad de que existan diferentes perspectivas representacionales, que se puede cambiar de punto de vista y que las perspectivas sean falibles. En las relaciones interpersonales este modelo de funcionamiento interno se vincula con las actitudes de confianza, aceptación de la interdependencia y capacidad de compromiso. Finalmente, como hemos visto, es esencial su relación con la facultad del sujeto de regular sus emociones, la ansiedad, la desesperanza, la ira disfuncional,...

Déficits en la capacidad simbólica van a estar por lo tanto en la base de muchos de los comportamientos defensivos que aparecen en la adolescencia como intentos de eliminación de ansiedades que no pueden ser contenidas por el aparato mental o por el entorno. El adolescente va a intentar regular a través de su conducta estados emocionales insoportables cuando no sea capaz de hacerlo mentalmente o el entorno no le ayude a hacerlo.

Como en el caso de Eva, cuando el entorno se vuelve incontinente el adolescente sólo se tiene asimismo para contener las ansiedades del crecimiento. Sus propios déficits simbólicos la obligarán a recurrir a diferentes estrategias defensivas para sostener su todavía precario sentimiento de identidad. Situaciones familiares como las de Eva parecen exigir al adolescente un comportamiento exclusivamente



adulto y responsable, sin capacidad para hacerse cargo de sus sentimientos probablemente porque los adultos también se encuentran en situaciones de desequilibrio interno.

### **Algunas cuestiones sobre la adolescencia.-**

En la adolescencia el sujeto se ve obligado a adaptarse a una serie de importantes cambios a diferentes niveles (corporal, cognitivo, emocional, relacional, social) a través de la paulatina adquisición de un sentimiento de identidad adulta y el abandono de las identificaciones infantiles. Esto supone a nivel madurativo un esfuerzo de separación en la relación con los padres hacia un funcionamiento más autónomo, que va a estimular las ansiedades de separación en el grupo familiar. En el desarrollo normal esto genera tensiones en las relaciones derivadas de esta necesidad del adolescente y la adaptación de los padres a un menor grado de control sobre los hijos en los que, si todo va bien, paulatinamente pueden ir confiando y delegando más responsabilidades.

Por otro lado el salto al pensamiento abstracto basado en operaciones formales que describió Piaget (1964), también intensifica la presión por la comprensión de los fenómenos interpersonales, de los que se percibe su mayor complejidad (más ambivalencia, contradicciones, incoherencias, etc...). Esta ampliación de su capacidad de captar lo complejo del mundo relacional puede en ocasiones llegar a resultar abrumadora, contribuyendo a aumentar las ansiedades agorafóbicas (perderse en el mundo). Por lo que el adolescente necesita organizar "retiros" defensivos que le permitan la desconexión y el descanso (conductas regresivas, abuso de drogas estimulando la desconexión, simplificaciones de la realidad,...).

El pensamiento basado en operaciones formales es también el catalizador de otra importante transición: la que se da desde la ética de la obediencia infantil ante el mayor criterio del adulto, a la ética del respeto y el reconocimiento mutuos y el pacto social entre adultos. El

adolescente es muy sensible a la injusticia, al abuso de poder o al paternalismo, a la par que receptivo ante las actitudes que percibe justas. La frescura de sus razonamientos puede poner en aprietos al adulto, señalándole sus contradicciones o interrogándole sobre cuestiones de las que por hábito o por pereza el adulto haya olvidado su sentido original.

Estos procesos de transición y los conflictos que pueden generar obligan al adolescente a convivir con imágenes muy contradictorias de sí mismo provenientes de los aspectos infantiles todavía presentes y los adultos en formación. Es una situación que no hace fácil tener un sentimiento de suficiente coherencia interna, ni sentir la continuidad de la propia identidad a través del tiempo. Ello determina la polaridad de ansiedades claustro-agorafóbicas en las que el adolescente vive inmerso. Claustrofóbicas por el miedo a quedar atrapado y encerrado en la infancia. Y agorafóbicas por el vértigo y el sentimiento de expulsión hacia un mundo adulto todavía desconocido.

Como he señalado anteriormente la sensibilidad al entorno en estas circunstancias es elevada. Si el adolescente se siente excesivamente tratado como un niño, excesivamente controlado, sobreprotegido,... responderá reivindicando su rol adulto para evitar sentirse infantil, inmaduro, dependiente,... Si se le trata en exceso como a un adulto, pidiéndole exclusivamente responsabilidades, se refugiará en su mundo infantil deshaciéndose de la experiencia de impotencia, culpa, o vergüenza por no saber manejarse mejor. La intensidad de estas estrategias dependerá del nivel de ansiedad experimentado.

Las relaciones pueden entonces ser usadas para regularse atribuyendo y haciendo sentir al otro aspectos insoportables de uno mismo (identificación proyectiva), para así no percibirlos en el propio self y ganar sentimiento de coherencia interna.

En el caso de Eva las conductas regresivas, irreflexivas o genuinamente infantiles que adoptaba, eran mal toleradas por los padres que le devolvían una percepción de su self cargada de rechazo que vivía como una descalificación masiva que la debilitaba. Las exigencias de que *“tienes que comportarte de otra manera”*, *“tienes que ser de otra manera”* exacerbaban tanto sus ansiedades claustrofóbicas de quedar atrapada por sus padres a través de sus imposiciones, como las agorafóbicas de ser expulsada si no se sometía a ellas. Su misma estrategia defensiva regresiva y de aislamiento adoptada como forma de aumentar la sensación de control y disminuir la vivencia de incertidumbre exacerbaba sus ansiedades claustrofóbicas de quedarse encerrada en un mundo infantil y empobrecido. Sus “huidas hacia adelante” aparecían entonces para escapar de estas ansiedades, forzando una sensación de autosuficiencia en los grupos de iguales mediante la exhibición de bienes materiales (dinero, móvil,...). Por eso su tolerancia a la frustración era especialmente baja, pues su sentimiento de identidad se jugaba en ello.

La violencia aparecía entonces como fruto de esta intolerancia o directamente como un intento de eliminar las representaciones de su self, vividas como insoportables y contenidas en la mente de la madre. Es la madre la “egoísta”, “inmadura”, “insensible”,... y si “desapareciera” Eva dejaría de sentirse así.

Las descripciones del desarrollo en la adolescencia en el marco de la Teoría del Apego, facilitan el examen de algunos fenómenos paradójicos en la psicopatología de esta etapa. Cuando el adolescente estaba utilizando la relación con los padres para deshacerse de representaciones insoportables de sí mismo a través de la identificación proyectiva, la separación aumenta la sensación de pérdida de identidad. La amenaza de retorno de lo proyectado aumenta la necesidad de sentirse muy diferente de los padres y rechazarlos. El apoyo que los padres podrían prestar entonces con su presencia a la contención de las ansiedades de separación no puede

ser aprovechado por el adolescente. Pero a la vez se los necesita para seguir proyectando. La tensión puede desbordarse en estos momentos a través de la actuación, o continuar hasta que el adolescente encuentre una pareja en la que reestablecer la relación simbiótica que mantenía con la madre. Como señalan diferentes autores en este marco de pensamiento, el reto para la identidad del adolescente en esos momentos puede estar más del lado de reconocer la similitud que no la diferencia (Fonagy et al., 2004).

Nos ha resultado sorprendente comprobar como la dinámica patológica que se da en situaciones familiares como las de Eva y que podríamos describir como círculos viciosos entre las ansiedades claustroagorafóbicas del adolescente y las respuestas ora expulsivas ora controladoras del entorno, aparecen con frecuencia como una repetición de conflictos muy similares vividos en la primera infancia.

En entrevistas anamnésticas la madre de Eva nos explicó como vivió su concepción como excesivamente prematura en aquella etapa de su vida, lo que hizo que considerara seriamente la posibilidad de interrumpir el embarazo. Este tipo de concepción originariamente conflictiva por la fuerte carga de ambivalencia que conlleva en la madre, favorece la instauración de oscilaciones entre conductas expulsivas y de sobreprotección en la crianza. Dinámica que sumerge al niño en un vaivén de experiencias muy contradictorias que obviamente dificulta un adecuado desarrollo. En la adolescencia las ansiedades características de la etapa y las de separación en los propios padres estimulan la reedición de la ambivalencia materna y provocan la reaparición de un conflicto que había permanecido más o menos disociado en la etapa de latencia. Este fenómeno ha sido denominado entre nosotros por el Dr. Feduchi como el “síndrome del adolescente abortado” (Feduchi et al., 2006)

La agresión al otro como un intento de eliminar las representaciones de uno mismo vividas como imágenes insoportables de debilidad, exclusión, inferioridad, miedo,... está también en la base de de

conductas como el bullying escolar, los ataques de tinte racista, ataques a indigentes o peleas aparentemente motivadas por la rivalidad pero que, a un nivel más profundo, pretenden introducir en el otro un sentimiento que resulta imposible de contener por el propio sujeto, como por ejemplo el miedo. También se puede observar en el clima que en ocasiones se respira en las aulas de ridiculización y desprecio hacia la ignorancia y el error, y que tanto daño hace a los procesos de aprendizaje. Es una estrategia defensiva en la que se localiza, se identifica en otra persona (por su actitud o sus rasgos) aquel sentimiento insoportable en uno mismo, y allí se ataca en un intento mágico de eliminarlo a través de la eliminación de su continente (el sujeto en el que se ha proyectado) (Feduchi et al., en prensa).

**Ilustración clínica: Héctor, procesos migratorios en la adolescencia.**

La problemática que se da en los diferentes tipos de procesos migratorios (la migración latinoamericana, la migración magrebí, la subsahariana) que muchos adolescentes viven actualmente en nuestra sociedad permite una observación amplificada de estos fenómenos.

Héctor, un joven latinoamericano a punto de cumplir los 16 años, ha sido expulsado del Instituto en 3º ESO por su comportamiento violento: se ha visto envuelto en varias peleas con los compañeros y diversos enfrentamientos con los profesores. En el momento de la consulta asiste a una UEC.

Su proceso migratorio sigue un patrón recurrente. A los seis años, al emigrar su madre, quedó al cuidado de sus abuelos y tíos maternos en su país de origen. Y no fue hasta sus doce que se pudo organizar la reagrupación en España. Actualmente vive con su madre, su nueva

pareja y una hermanita de dos años fruto de esta nueva relación de su madre.

El cambio al que se tienen que enfrentar los adolescentes que siguen este proceso migratorio es un cambio no deseado por ellos, a diferencia de lo que sucede con los jóvenes emigrantes magrebíes o subsaharianos que emprenden su viaje bajo el designio de la aventura y las expectativas de mejorar. Hecho que les genera un fuerte nivel de exigencia y ansiedades catastróficas ante la idea de fracaso, pero también una elevada motivación por adquirir un desarrollo y un status .

El adolescente, en los procesos migratorios, debe enfrentar su crisis evolutiva en un contexto de alteraciones bruscas y significativas, donde la oportunidad de encontrar un lugar en el que ser reconocido es escasa, como también lo es la tolerancia hacia las distorsiones que su presencia genera en las estructuras a las que se incorpora (familia, escuela, sociedad,...)

En la primera entrevista tras superar una marcada actitud de rechazo inicial a la posibilidad de hablar sobre su situación con un psicólogo<sup>2</sup>, Hector me explica que él no se calla si se meten con él. “Si te callas se te comen” “¿No has estado nunca en un Instituto?” Tuvo varias peleas y me da detalles sobre alguna de ellas, subrayando siempre la agresión y los insultos recibidos.

Su respuesta es violenta cuando siente su identidad amenazada o atacada, respuesta que siente coherente con el clima grupal, con el contexto social en el que se desarrolla.

De marcados rasgos raciales, Héctor solo se identifica con grupos de jóvenes emigrantes de su país de origen. Estos grupos no forman bandas violentas aunque le divierte cuando van por ahí y los confunden y despiertan temor. Piensa que a veces es por eso que los

---

<sup>2</sup> La cuestión de la vinculación del adolescente a un tratamiento psicológico en el contexto de la Justicia Juvenil la hemos abordado en otros trabajos. La claridad en el ofrecimiento que se hace, el respeto a la presentación defensiva del menor y el reconocimiento de sus capacidades han demostrado ser importantes baluartes de la técnica de la entrevista.

dejan entrar en los sitios. Se vislumbra así el tipo de motivación que el sentimiento de pertenencia a una banda puede reforzar, disfrutar de una identidad aunque sea con características negativas. Algo que facilita una vivencia de realidad, inalcanzable por otros medios en los que la identidad se percibe de forma mucho más difusa e insegura. Es la puerta de entrada a una red de relaciones de las que no es tan fácil salir indemne.

Héctor asiste ahora a la UEC aunque se aburre bastante. Es un grupo desvalorizado por él que define su identidad por el fracaso en la integración en el Instituto. Durante el primer año hizo alguna visita al Instituto, recordando la invitación que una profesora le hizo, pero el paso le fue vedado en la entrada.

No tiene prácticamente relación con su “padrastra” con el que dice no hablarse desde que tuvieron una serie de fuertes discusiones hace años. Con su madre discute a menudo y se siente despreciado por ella.

Por otro lado es un gran aficionado al hip-hop. Le gusta participar en “peleas de gallos” (competiciones de música rap y danza break), escribe letras rap aunque todavía no se las ha enseñado a nadie. Parece haber encontrado en este territorio alejado de la violencia un campo de pruebas y verificación para su identidad en construcción.

### **La respuesta del entorno a las conductas problemáticas.-**

La respuesta del entorno al adolescente con dificultades adquiere así especial relevancia. Puede potenciar el desarrollo a través de la contención de las ansiedades, y el suministro de experiencias de formación, aprendizaje y verificación, o incrementar las dificultades en base a respuestas expulsivas o de excesivo control que instauran círculos viciosos que en un extremo tiene consecuencias fatales para

el individuo: la marginación delincriminal, la drogadicción y/o la muerte.

Con la misma predisposición a participar en la interacción social que Bowlby supo observar en el infante humano, el adolescente irrumpe en el mundo adulto con ansias de conocerlo y conocerse. Como hemos visto su necesidad de orientación es perentoria, la construcción de un sentimiento de identidad nuevo en un mundo nuevo organiza particularmente su vida psíquica y relacional. La información que el adolescente puede ir recogiendo la obtiene a través de la experiencia, por eso el adolescente es tan dado a hacer, es un sujeto de acción. Necesita hacer para saber. No se trata de un saber intelectual, ni exactamente consciente. Es un saber más ligado a una vivencia, a un sentimiento sobre uno mismo. En relación a su identidad la fuerza que le empuja es la de intentar conseguir un sentimiento de realidad y de suficiente satisfacción y coherencia consigo mismo; que ni el sentimiento de culpa, ni el de inferioridad resulten abrumadores, no sentirse extraño en su propia piel y poder reconocerse.

Los estímulos que ofrecemos a nuestros jóvenes pueden así suscitar su interés como fuente de experiencia útil en su proceso de formación o vivirse como amenazas a sus muchas veces todavía precario sentimiento de identidad.

Cuando la capacidad de regulación emocional del adolescente está mermada por las dificultades en su desarrollo, las ansiedades que suscita el propio proceso de crecimiento y aprendizaje pueden no ser toleradas y vivirse el aprendizaje como una amenaza en sí mismo. La escuela puede exacerbar las ansiedades claustrofóbicas si es vivida como una imposición arbitraria del mundo adulto que pretende controlar y someter a sus alumnos. Pero también provocar agorafobia si la amenaza de expulsión invade la vivencia del adolescente, de la que se puede defender abandonando antes de sentirse expulsado o provocando una expulsión que le permita confirmar la injusticia (“me



tienen manía”) antes de confrontarse con sus dificultades. Es entonces importante poder determinar cuando unos problemas psicológicos están interfiriendo el aprendizaje, así como cuando déficits educativos lo están haciendo sobre el desarrollo psicológico. Así se podrán establecer estrategias de intervención complementarias que convenientemente coordinadas y mostrando coherencia entre ellas podrán potenciarse mutuamente (Tió, 2006).

En el caso de Héctor tan importante resultaba la ayuda de una psicoterapia que le permitiera una mayor comprensión y tolerancia de las ansiedades que le resultaban insoportables, como una intervención educativa que le propusiera experiencias de aprendizaje adaptadas a sus capacidades, estimulando su interés para salir del aburrimiento, y ofreciendo identificaciones alternativas a la violencia. Una mayor confianza en sus potenciales podía ayudarle a ir reemplazando el grupo que le proporcionaba la experiencia de ser alguien a través del temor que inspiraba, por un grupo de aficionados como él a la música que sepan apreciar sus aptitudes. Y mudar su salto a la violencia por otro hacia el aprendizaje y el desarrollo donde el temor al fracaso no despierte ansiedades catastróficas.

Es interesante observar como lo contrario del aburrimiento no es la diversión. La diversión puede resultar un mecanismo de evasión del aburrimiento, pero no consigue resolver el problema interno de la falta de motivación. Esto sí sucede en cambio cuando un estímulo externo consigue conectar con un genuino interés interno y despertar la curiosidad (Feduchi et al., 2006).

El aburrimiento aparece con frecuencia en esta etapa. La falta de experiencias que todavía se tiene hace difícil que se pueda recurrir a vivencias anteriores para salir de él. La mayoría de ellas pertenece a la infancia y por este motivo no son útiles. Se necesitan estímulos nuevos.

Ante la ausencia de alternativas para salir del aburrimiento las actividades más cargadas de excitación pueden ofrecer salidas

rápidas. Las drogas, el sexo, el riesgo... y la violencia, generalmente expresada en forma de vandalismo se convierten entonces en opciones de elección.

Las respuestas del adolescente a los estímulos que se le proponen se mueven a veces en un estrecho margen. Cuando el adolescente se encuentra en una situación de desequilibrio interno el aprendizaje puede resultar amenazante, su necesidad de regulación emocional pasará a ser prioritaria y su curiosidad queda relegada a un segundo término. Algo que se corresponde con la observación realizada en el comportamiento infantil de inhibición de las conductas exploratorias cuando el sistema de apego es activado por una situación de ansiedad y el niño interrumpe el juego.

En la adolescencia si las propuestas lo sitúan por debajo de sus capacidades se sentirá tratado infantilmente y las abandonará. Cuando por contra sobrepasamos sus capacidades se desconectará para no sentir su desorientación e impericia. Es fácil que por todas estas circunstancias el aburrimiento acabe invadiéndole.

De nuevo observamos una interesante correspondencia con el desarrollo de la primera infancia. Fonagy et al. (2004) describen como el mecanismo de aprendizaje que subyace a la gradual sensibilización del bebé hacia sus propios estados emocionales es el análisis de contingencias, para la cual el bebé tendría una predisposición innata. El análisis de contingencias detecta la probabilidad de relaciones contingentes entre estímulos y respuestas, o sea la probabilidad de que se den relaciones causa-efecto entre ellos. Durante los primeros 4-5 meses el bebé va a prestar especial atención a aquellos fenómenos que demuestren una contingencia perfecta cosa que sucede con sus propias acciones motoras (verse una mano mientras la mueve). Esto le sirve para diferenciar el propio self del mundo externo, cuyos manifestaciones mostrarán menor grado de contingencia (no siempre que el bebé llora aparece su madre). A partir de los 4-5 meses el bebé va a aumentar su interés hacia fenómenos

que presenten una contingencia elevada pero no perfecta. Lo que le llevará a fijarse especialmente en las interacciones con las figuras de apego y la correspondencia de sus respuestas a sus comunicaciones afectivas. Por contra si las contingencias son muy bajas el bebé también tiende a desentenderse.

Las intervenciones en la adolescencia deben atender esa dualidad descrita entre aspectos infantiles y adultos que la caracteriza. Es una situación que hemos tenido oportunidad de observar con especial detenimiento en la ejecución de tratamientos como medida judicial impuesta al menor, y cuya descripción más detallada también excede los objetivos de esta presentación. En ellos una doble o triple función (vigilar, formar y “curar”) ejercida desde dos instancias (la sanitaria y la judicial – que incluye lo educativo-) se ha mostrado como la única forma de recuperar o empezar a construir un diálogo con adolescentes problemáticos. El mensaje de lo obligatorio va en estos casos dirigido al “niño” que todavía se es y al que se “impone” un cuidado. La propuesta de tratamiento intentará que los aspectos adultos que también constituyen la identidad del menor se interesen por la misma.

El adolescente, por lo tanto, con sus múltiples identidades nos coloca frente al reto de ofrecerle respuestas que no sean excesivamente parciales. Ora olvidándonos de los aspectos infantiles que necesitan ser cuidados, ora haciéndolo con los aspectos adultos que requieren respeto, reconocimiento y a los que se podrá pedir responsabilidad.

Quisiera acabar recordando una reflexión basada en la filosofía de Hanna Arendt y diversos autores interesados en la educación han rescatado. Desde esta óptica la responsabilidad del formador se dibujaría en una doble perspectiva: Por un lado la responsabilidad hacia el educando, previniendo los riesgos del conformismo o la desvinculación; por el otro la responsabilidad hacia el mundo (pasado) en la que se tiene que introducir al educando. “... La esencia de la actividad educativa [...] es la de mimar y proteger algo: el niño ante el

mundo, [el mundo ante el niño]; lo nuevo ante lo viejo, lo viejo ante lo nuevo” (Arendt, 1971).

#### Bibliografía.-

Arendt, H. (1971). *Entre el pasado y el futuro*. Barcelona: Península, 1996. (citada por Bárcena, F.; Mèlich, J. C. (2000). *La educación como acontecimiento ético*. Barcelona: Paidós.)

Bion, W.R. (1967). *Volviendo a pensar*. 5ª ed. Buenos Aires: Hormé (1996).

Bowly, j. (1969). *El vínculo afectivo*. Buenos Aires: Paidós.

Feduchi, L.; Mauri, L.; Raventós, P.; Sastre, V.; Tió, J. (2006). Reflexiones sobre la violencia en la adolescencia. *Revista de Psicopatología y Salud Mental del niño y del adolescente*, 8, 19-26.

Feduchi, L.; Tió, J. ; Mauri, L. (en prensa). *Identidad y Violencia en la Adolescencia*.

Fonagy, P. (2001) *Teoría del Apego y Psicoanálisis*. Barcelona: Espaxs, 2004

Fonagy, P.; Gergely, G.; Jurist, E.L.; Target, M. (2004). *Affect Regulation, Mentalization, and the Development of the Self*. London: Karnac Books.

Ogden, T.H. (2004). *On holding and containing, being and dreaming*. *Int. J. Psycho-Anal.*, 85: 1349-1364.

Piaget, J. (1964) *Seis Estudios de Psicología*. Barcelona: Barral; 1980.

Tió, J. (2006). *Salud Mental y Justicia Juvenil*, en *La Continuidad de Cuidados y el Trabajo en Red en Salud mental*. Leal J y Escudero A. (coordinadores). Madrid, AEN, Estudios 35, 303-326.

Winnicott, D. W. (1965) *The Maturation Processes and the Facilitating Environment*. London; The Hogarth Press.

**Correspondencia: Jorge Tío**

**[jtio@fhspereclaver.org](mailto:jtio@fhspereclaver.org)**